

ROSER BRU: NO HAY TIEMPO QUE PERDER

Un voluminoso libro recién publicado por el Taller 99 compila la obra grabada que la reconocida artista catalana ha producido desde 1956, cuando se integró al colectivo fundado por Nemesio Antúnez, hasta el presente.



Jazmín Lolas E. | Revista *Mensaje*



1

Roser Bru habla de sus referentes en un texto escrito por ella el año 2002: menciona a los egipcios y sumerios, el románico catalán, las figuras de las culturas precolombinas, a Giotto, Botticelli, Velázquez, Goya, Cézanne, Van Gogh y Tàpies, entre otros. «Recorre casi toda la historia del arte», comenta Rafael Munita, a quien le hace cierta gracia que la artista reconozca tantas influencias. «Su mérito es que las personalizó y desarrolló a su manera», agrega.

«Las ideas me vienen como un relámpago, con urgencia. Entonces ataco directamente la superficie», dice la autora en esa misma reflexión, especie de declaración de principios que puede leerse en un libro de reciente aparición que compila su obra grabada. Titulado con su nombre y con la faceta de su creación a la que se dedica, el volumen fue impulsado y publicado por el Taller 99, la academia que Nemesio Antúnez fundó en 1956 para promover el

desarrollo del grabado en Chile y que ella integró desde que se inauguró en la casa que el pintor tenía en la calle Guardia Vieja.

Organizada cronológicamente, la contundente antología reúne piezas hechas por la autora a partir de ese año y hasta el presente. Recuperada de un infarto cerebrovascular que sufrió el 2015, cinco días después de haber recibido el Premio Nacional, la pintora y grabadora catalana, nacida en Barcelona en 1923 y residente en Chile desde 1939 —llegó en el *Winnipeg* como refugiada—, asiste cada martes a la actual sede de ese colectivo.

«A veces trabaja más y otras menos, pero siempre va. Se prepara para los martes y si nosotros fallamos, se siente mal», cuenta Munita, grabador y académico. «Para nosotros es un gozo tenerla ahí. Comparte, corrige a los demás. Su ojo es fundamental, enriquece a los otros. Le decimos *la reina madre* y ella se enoja. “No soy reina, soy republicana”, nos responde».



«Las ideas me vienen como un relámpago, con urgencia. Entonces, ataco directamente la superficie».
—Roser Bru.



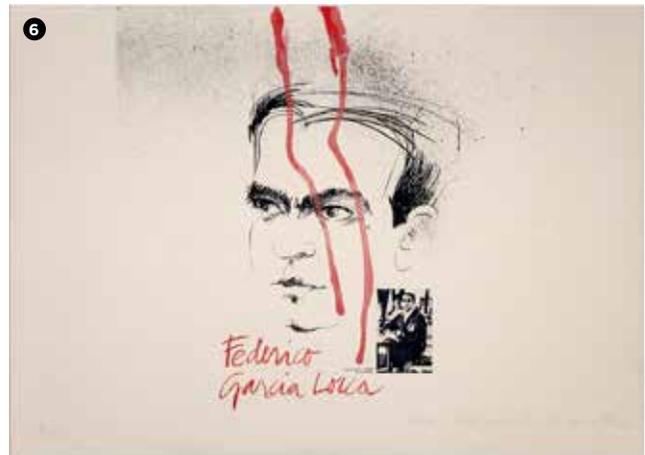
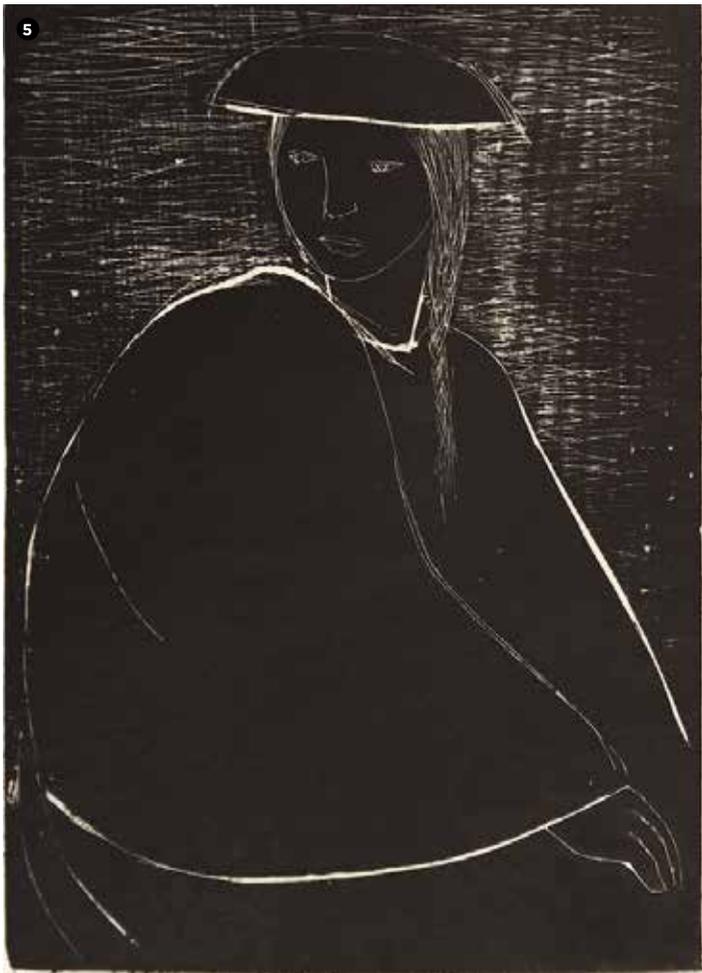
Munita, junto a Isabel Cauas, fue responsable de la edición del libro *Roser Bru, obra grabada*, que rinde homenaje a la artista desplegando una colección que consta de reproducciones de 99 trabajos que ella donó al Taller 99 el año 2011, de aquellos que se conservan en el archivo de la academia y de otros cuantos de colecciones privadas.

A medida que aparecen las imágenes de esas obras, surgen también algunas fotografías de distintas épocas que la muestran mientras manipula y revisa planchas. Entre otras hay un retrato que le tomaron a los 33 años, cuando empezó a ser discípula de Antúnez, y otro registrado a los 95, que cumplió en febrero pasado.

En seis décadas, Roser Bru ha expresado a través del grabado las mismas preocupaciones e intereses que ha manifestado en su pintura, inspirada por «pensamientos, lo que lees, cualquier estímulo que te dispara», según contaba hace años. «En la pintura, por medio del color, ha puesto más acento en la sensibilidad y la emocionalidad. En los grabados, por otro lado, su trabajo es más contrastado, más intenso, más expresivo. Debería hacerse en el futuro ese estudio comparativo entre sus dos facetas», comenta Munita.



- (1) Capa, 1979. Litografía.
- (2) Playa, 1956. Aguafuerte, aguatinta, intervenido.
- (3) Oda a una lavandera nocturna, 1965. Aguatinta, buril.
- (4) Homenaje a Miguel Hernández, 1960-1970. Xilografía



(5) Boliviana, 1956. Xilografía.

(6) Federico García Lorca, 50 años de su muerte, 1986.

(7) La mesa puesta, 2010. Aguatinta, aguafuerte intervenida.

EVOLUCIÓN DESDE LA NOSTALGIA

En las primeras etapas (1956-1968), de acuerdo con la compilación, la obra de Roser Bru fue un reflejo de su nostalgia por Cataluña, de su propia maternidad, y de su visión de la pareja, la infancia y las actividades cotidianas. En los siguientes treinta años (1969-1999), en tanto, fueron adquiriendo protagonismo temas como «la injusticia, las guerras, la tortura», precisa Isabel Cauas en la presentación, y los personajes, entre ellos García Lorca, Miguel Hernández, Franz Kafka y Gabriela Mistral.

Las sandías, los zapallos, el pan, los higos y los objetos domésticos, al igual que las mujeres, elementos característicos de su producción, se ven a lo largo de toda la trayectoria de Roser Bru, que desde el año 2000 en adelante —la tercera etapa— profundiza en los tópicos que desarrolló anteriormente, con más mujeres, más frutas, más retratos de artistas, más parejas y artículos de la vida diaria («la realidad cotidiana, social y política, así como la mujer, la historia y la memoria» son los ejes de su obra, según Inés Ortega-Márquez, curadora española).

«Roser Bru se la jugó con la modernidad en todo su arte, incluido el grabado, y lo de hizo de una manera muy creativa, personal, autoral. Abrió de ese modo las mentes de otros artistas. También se ha diferenciado por apuntar siempre a lo esencial. No tenía tiempo que perder, quería buscar lo medular sin irse por caminos largos. Técnicamente, ella ha elegido formas muy simples, un lenguaje muy directo. No se ha complicado ni con efectismos ni con virtuosismos ni con preciosismos. Sus contenidos, además, han sido todos relevantes, porque detrás de ellos ha estado siempre el ser humano», afirma Munita.

Aun hoy, a su avanzada edad, Roser Bru es autora de una obra que el académico considera trascendente. «Es probable que algunos no vean más que manchas de niños en sus grabados actuales, pero para mi gusto son valiosísimos: el resultado es más esencial que lo esencial, es la síntesis de su carrera. Tres toques y al hueso. Si uno se fija en la obra de los grandes artistas en la madurez, se da cuenta de que son así, que van tras lo esencial», sostiene. MSJ